

La vida en el piso de arriba

Conversación con Anne Damon

Laura López Argoytia

Anne Damon es doctora en ciencias con especialidad en control biológico. Actualmente investiga en el Departamento de Ecología y Sistemática Terrestres del Área de Conservación de la Biodiversidad de Ecosur, y es también responsable del jardín botánico regional El Soconusco. Con respuestas claras y contundentes nos abre las puertas de un jardín de delicias exuberantes que crecen en lo alto de los árboles: las orquídeas.

¿Dónde naciste y cómo fue tu infancia?

Nací en un pueblito de Gales, en el Reino Unido. Viví poco tiempo allí. Por el trabajo de mi papá nos fuimos a otro pueblo de Inglaterra. Mi infancia fue buena, con educación y oportunidades de aprender muchas cosas, también la puedo considerar muy simple; como mis papás eran un poquito conservadores, mi hermano y yo no teníamos mucha libertad para mezclarnos con la sociedad en general. Me quedó muy grabada la importancia de la honestidad, de lograr algo positivo en la vida, y no nada más para uno mismo.

¿Hubo algo que te encauzara desde entonces hacia el mundo natural?

Fueron dos influencias. La primera, mi papá era agricultor, y luego asesor agrícola. Yo le acompañaba a los ranchos en Inglaterra. Vi muchas cosas que me impactaron y no me gustaron, como animales en condiciones lamentables y la destrucción de la naturaleza. También me llamaba la atención la idea de manejar la tierra y sacar productos de ella, pero trabajando en armonía y no en su contra.

La otra influencia fue que siendo un poco solitaria encontré en la naturaleza una posibilidad de interacción: los animales, las plantas; era un mundo que nunca me aburría y un mundo donde me sentía como en casa.

¿Cómo llegaste a México?

Siempre me han interesado dos aspectos: el arte y la biología, y de algún modo he tratado de hacer ambas cosas. Actualmente, por ejemplo, estamos trabajando en la posibilidad de realizar artesanías con las orquídeas... Volviendo a la pregunta, tuve varias etapas en mi vida. En la universidad estudié zoología y trabajé en zoológicos; luego estudié más sobre arquitectura de paisajes para animales en este tipo de parques. Entonces me ofrecieron empleo en uno de San Francisco, Estados Unidos; ahí realizan un excelente trabajo en el diseño de ambientes para animales. Son mucho más que jaulas, son ecosistemas. Para mí era muy importante esta posibilidad, pero me negaron la visa, tal vez por mis ideas socialistas. Como se me

había cerrado un camino decidí estudiar horticultura, y luego me inscribí en una maestría en control biológico, pensando que tendría buenas oportunidades de empleo. Yo buscaba una alternativa afín con mis ideas, con aplicaciones prácticas, durante mucho tiempo no tuve trabajo. Después encontré la opción de venir a México a laborar en la Unidad Tapachula de Ecosur, en un proyecto sobre broca de café —insecto plaga.

¿Te ha gustado la vida en México?

Sí, en general. Siempre he odiado el frío... En Inglaterra y en Escocia trabajé en jardines botánicos que me gustaban, mariposarios, parques urbanos, en fin, trabajé en muchas cosas, pero yo buscaba una oportunidad en un país con calor, con los colores y diversidad biológica de los trópicos. Así que el calor, los colores de México, la alegría y la amabilidad de la mayoría de las personas, son algo que disfruto mucho. Sin embargo, no me gusta la corrupción ni la complacencia de la gente; dejan pasar cualquier abuso y nadie participa, nadie se queja. Siento que hay muy poco compromiso y voluntad.

Antes hablaste de tu interés en el arte, ¿cuál es tu trayectoria?

En un principio tuve un puesto de artesanías en Edimburgo, hacía y vendía zapatos de cuero para niños, también para adultos, y otras cosas que yo costuraba. Aunque sobre todo está la música... soy saxofonista y me hubiera gustado tener más tiempo para dedicarme a ello, porque sí tenía talento; desafortunadamente no se puede hacer todo en la vida y eso quedó atrás. Elegí el saxofón porque me identifico mucho con el sonido, es un instrumento de primera para expresar los tonos de jazz y blues, y de la música experimental que también me gusta. Aquí en Tapachula enseño jazz a unos jóvenes, no como quisiera, ya que tengo poco tiempo para esta actividad.



Comentabas sobre tu trabajo con artesanías de orquídeas, ¿de qué se trata?

Todavía no hemos empezado, nos falta la técnica, próximamente vendrá un especialista de la ciudad de México para capacitarnos en una práctica muy novedosa. Queremos lograr la conservación de las orquídeas y vender las flores en presentaciones artesanales, como «recuerditos», adornos y regalos de bajo costo, para que toda la población las pueda disfrutar. No queremos vender plantas completas, eso propiciaría el saqueo de la naturaleza; si la gente ve que el producto se vende arrancará más plantas, y no es lo que buscamos. Con una artesanía se evita esto, nuestra técnica va a ser difícil de imitar y es una alternativa para que los productores obtengan ganancias.

Esencialmente, ¿cuál es tu trabajo en Ecosur?

Ahora trabajo en ecología y cultivo rústico de orquídeas. La ecología es la ciencia básica que nos permite entender, entre otros, las bases fundamentales de la vida de estas plantas. Los dos aspectos más importantes que estudiamos son la polinización de las orquídeas por insectos y la relación con los hongos micorrízicos, necesarios para la germinación y desarrollo de las orquídeas, ya que les dan los nutrientes que a ellas les faltan. Por otro lado está la parte del cultivo sustentable en comunidades rurales, y ojalá muy pronto podamos pasar a la fase de crear productos artesanales.

Para la conservación de algo, en mi persona orquídeas, uno tiene que plantearse un programa holístico, abarcar todos los aspectos del organismo. En mi proyecto estoy tratando de resolver aspectos legales, así como de conservación, de ecología... Es un ejemplo interesante de la conservación de especies que integra diferentes líneas de investigación y trabaja con la gente.

¿Qué es una orquídea?

La palabra responde a una clasificación taxonómica que se utiliza para juntar plantas con características similares. Sin embargo, a veces no se aprecia la similitud entre las miles de especies y variedades

comerciales: hay orquídeas enormes, chiquitas, feas, preciosas, con diferentes formas de vivir; unas viven en la tierra y otras en el aire, pegadas en los árboles, son epífitas. Tienen ciertos rasgos especiales en las flores, como que los órganos sexuales están combinados de una manera muy chistosa que hace el proceso de polinización un poco complicado.

¿Qué significa que sean epífitas?

Son parásitas mecánicas, esto quiere decir que no chupan la savia, no destruyen el árbol. En el proceso de evolución, sabemos que antiguamente las selvas eran muy tupidas, muy oscuras. Las hierbas y los bejucos no tenían manera de acercarse al sol y las epífitas encontraron un modo de hacerlo: su semilla es muy ligera y vuela hacia lo alto de los árboles; ahí germina con el apoyo de un hongo y presenta acceso inmediato al sol sin tener que desarrollar su propio tronco y sin competir con otras plantas.

Eso es una orquídea en términos biológicos, pero ¿qué hay más allá? ¿Por qué gusta y cuesta tanto, por qué se trafica con ella?

Una razón es que son muy «sexis». Su nombre viene de la palabra «testículos», porque el polen está agrupado en bolsitas que parecen así. En la antigüedad la gente se fijaba en este aspecto reproductivo y pensaban que las orquídeas tenían cualidades afrodisiacas. Actualmente ya no se piensa directamente en esto, pero sí son plantas muy raras, llamativas y misteriosas. Se ven muy altas ahí en los árboles; parecen organismos muy diferentes, como algo que tiene una vida especial y hasta mágica... ¿Cómo es posible que la orquídea esté ahí? A veces sus flores son realmente extraordinarias, incluso con formas espartosas. Tienen muchos colores, algunas imitan insectos y entonces el insecto verdadero llega a «copular» con ellas; todo eso las hace especiales. Además son muy difíciles de cultivar, y como crecen tan alto es complicado conseguirlas.

¿Cuál es el papel de las orquídeas dentro de un ecosistema?

En un ecosistema natural las orquídeas, las bromelias y otras epífitas son muy importantes para atrapar y reciclar el material

orgánico en el sustrato alto, en las copas de los árboles. La abundancia de plantas epífitas en los árboles mantiene la humedad y los microclimas estables en la parte de arriba. Se dice que en los bosques tropicales húmedos la tierra no se encuentra en el piso, sino en el «piso de arriba», donde viven todas las epífitas y otros organismos asociados con ellas. En el sustrato del piso, en el «de abajo», casi no hay nada, es oscuro y desprovisto de todo lo orgánico. Por eso cuando la gente empieza a tumbar los árboles, pensando en reproducir la misma abundancia de bosque en sus cultivos, se encuentra con la realidad de que en la tierra no está realmente la riqueza, la riqueza se encuentra en las copas de los árboles y ya la destruyeron.

Cuéntanos sobre el jardín botánico regional El Soconusco

Este jardín es otro de mis proyectos importantes. Llegué a trabajar en Ecosur por el proyecto de broca, aunque al principio no estuve contratada. Yo había escrito buscando una oportunidad de trabajo; en ese momento no la había, pero me invitaron para irme conociendo y ya después comencé a recibir un salario. Así que llegué sin nada a la región del Soconusco. En aquel entonces el señor Walter Peters, dueño de la finca Irlanda, se enteró de que había llegado una inglesa con experiencia en jardines botánicos. Él quería crear uno para completar el proyecto ecoturístico de su finca y me pidió desarrollar un jardín en una hectárea de terreno en el municipio de Tuzantán. No me daba recursos para el trabajo, se firmó un convenio con ECOSUR y allí comenzó el largo y lento proceso. En mis tiempos libres, normalmente los sábados, tomaba el autobús hasta la entrada de la comunidad Cruz de Oro, en la carretera costera, y de allí caminaba cuatro kilómetros para llegar al jardín. Trabajaba lo más que podía, pero con una pala en una hectárea no avancé mucho. Se contaban historias sobre una «gringa» loca que caminaba y hacía cosas en la tierra, aunque no tuve mucha oportunidad para explicar de qué se trataba realmente...

No había apoyos, yo esperaba el gran milagro pero nadie me dio nada. El proyecto no interesaba tanto, sin embargo, tenía experiencia y sabía todo lo que significaba: investigación, taxonomía, diseño,

divulgación, educación... Es un proyecto muy fuerte, y aunque no he podido lograr todo lo planeado va avanzando. Conseguí recursos para irlo levantando y ha habido mucho esfuerzo. De la hectárea inicial tuve que comprar la mitad para solucionar un problema legal, y el año pasado tanto el señor Walter Peters como yo donamos nuestra parte a Ecosur. El jardín tiene potencial en materia de educación ambiental y difusión, solo que eso requiere personal y apoyo para completar la infraestructura. En la parte biológica está muy bien, hay una buena cantidad de plantas y muchas de ellas están etiquetadas. Hay plantas comestibles, colecciones de bambúes, de orquídeas y epífitas, y estamos desarrollando lo que se espera que en el futuro sea un pequeño museo del cacao.

¿Cuál debe ser la vocación de un jardín botánico?

Un jardín botánico implica varias cosas. Se trata de colecciones de plantas con algún fin: que sean de la región o de un ecosistema en específico, o podría ser un jardín temático, de plantas acuáticas o de epífitas, por ejemplo; cada uno tiene su meta. El nuestro pretende estar formado con plantas originales del Soconusco, pero eso representa un gran reto porque de la vegetación original ya no queda mucho, y nos va a costar completar las colecciones. En el Soconusco de hoy se ven muchas plantas exóticas traídas de otras partes por los españoles y alemanes a las fincas en el pasado.

En general, los jardines botánicos sirven para informar a la gente sobre los usos de las plantas, sus características, sus orígenes, cómo cultivarlas y, por supuesto, la gente puede disfrutarlas en exposición. Se debería enfatizar en que las plantas eran y siguen siendo el origen de la vida, de igual manera en la responsabilidad que tenemos cada quien para conservarlas. Mostrarlas simplemente por la delicia de ver una exuberancia de plantas juntas, como una explosión de vida con sus formas y colores, con sus flores y las aves e insectos que las visitan, y todo lo que eso implica.}

Laura López es coordinadora editorial del Departamento de Difusión y Comunicación de Ecosur (llopez@ecosur.mx)